

El poder y la propiedad: Los genios invisibles de la democracia capitalista

Roberto Dania

(Departamento de Ciencia Política,

Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco)

Área temática: Filosofía Política

Se atribuye a Benjamin Leigh la observación de que “el poder y la propiedad pueden estar separados, durante un tiempo, [...] pero divorciados, nunca. Porque, tan pronto como se sintiera el dolor de la separación [...] la propiedad compraría el poder o el poder tomaría la propiedad”. Cualquiera de los dos casos, advertía Leigh, significa el final del gobierno libre¹.

El poder y la propiedad son, diremos remedando a Guglielmo Ferrero², los genios invisibles de la democracia capitalista. Su acción recíproca modela el devenir de las sociedades basadas en la propiedad privada de los medios de producción y el gobierno electivo. La interacción de estos genios invisibles, que adopta las formas de seducción, coerción, coacción, y represión de estas pulsiones, otorga a las democracias capitalistas su ambigüedad característica, su inherente tensión³.

El genio del poder y el genio de la propiedad libran su ubicua batalla por la moral política de los hombres. Los más de los hombres transcurren ajenos a la disputa, registrando pulsiones ideológicas que no alumbrar el intelecto, o que éste sólo secunda; bien sabemos, desde Schopenhauer, que la voluntad precede a la representación⁴. Como

¹ Dahl, *Prefacio a la Democracia Económica*, 1990, p. 67. Esta cita sembró en mí una inquietud perdurable desde que la descubrí en una tesina de grado de Leandro Rodríguez Medina, “Problemas epistemológicos en torno a la idea de democracia: Un estudio sobre Dahl y su concepción de la democracia económica”, que me fuera facilitada por el Dr. Juan Carlos Agulla.

² *El poder: Los genios invisibles de la ciudad*, Buenos Aires: Inter Americana, 1943.

³ Debo la instigación a abordar la ambigüedad implicada en la “democracia capitalista” a una nota editorial de Iván Marín, estudiante de Ciencia Política de la Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco, publicada en un emprendimiento de dudosa periodicidad y olvidable título.

⁴ Los diarios informan que “de acuerdo con una idea emergente, las posiciones políticas están sustancialmente determinadas por la biología y pueden ser resistentes a todo tipo de razonamiento”. Según John Alford, politólogo de la Universidad de Rice, en Houston, Texas, “estas maneras de pensar están profundamente arraigadas en nuestro cerebro. Tratar de persuadir a alguien de que no sea de derecha o de izquierda es como tratar de convencerlo de que no tenga ojos marrones. Tenemos que repensar la persuasión”. Las evidencias que respaldan esta idea, se afirma en *New Scientist*, están creciendo. En base a un estudio publicado en

sabiamente y al pasar señalara Jorge Fernández Díaz en una nota de coyuntura, “aunque el ochenta por ciento de la sociedad se declara independiente, todos tienen pulsiones de derecha o de izquierda. Esas pulsiones son culturales y sociológicas, y anteriores a cualquier adscripción política o partidaria”⁵.

El mapa geográfico de la política se divide en derechas e izquierdas. La derecha y la izquierda no son campos separados y estancos. Sus improbables formas puras son polos de un espectro que reconoce múltiples matices y conciliaciones parciales, dando lugar a una caterva de híbridos. La pura izquierda es el territorio dominado por el genio del poder; a la derecha, ejerce su señorío el genio de la propiedad.

La conciliación de ambos principios es constitutiva de las democracias capitalistas. La consecuente ambigüedad del sistema es repudiada por la izquierda, en cuanto la concesión al principio de la propiedad representa una inhibición al ejercicio pleno de la voluntad general, que a juicio de la pura izquierda debería mandar absolutamente.

Por la derecha, la ambigüedad democrática es rechazada en cuanto implica aceptar la legitimidad de la expropiación del trabajo, cristalizado en la propiedad, y la consecuente división de la sociedad en dos clases de contornos definidos: pagadores netos de impuestos y consumidores netos de impuestos (o, en términos más crudos: productores y parásitos)⁶.

Las solvencias o falencias de la posición doctrinaria de la derecha, con todo lo fascinante de las especulaciones jusnaturalistas, son meras sutilezas argumentales intrascendentes si se las coteja con la vía fáctica denunciada por Leigh. Como constatará Escudé, la historia argentina de las últimas tres décadas registra una constante, que se resume en el traspaso de la riqueza colectiva a una minoría de privilegiados, apuntalada

septiembre de 2007 por el neurocientífico David Amodio, de la Universidad de Nueva York, *The New York Times* refiere que “los neurocientíficos también sostienen que liberales y conservadores tienen distintos patrones de actividad cerebral”. Véase *La Nación* del martes 25 de marzo de 2008.

⁵ “Mauricio Macri, el enemigo deseado y tan temido”, *La Nación*, domingo 21 de enero de 2007.

⁶ Su concepción última es la sentencia de Locke: “Dios ha dado el mundo para que el hombre trabajador y racional lo use; y es el trabajo lo que da derecho a la propiedad, y no los delirios y la avaricia de los revoltosos y los pendencieros” (John Locke, *Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil*, trad. C. Mellizo, Madrid: Alianza Editorial, 1990 [1690], Capítulo 5, §34).

por la venalidad⁷. En la Argentina democrática del último cuarto de centuria, la amalgama del poder y la propiedad “está perpetrando un latrocinio completamente reñido con los principios del mismo capitalismo”, donde incluso el derecho de propiedad “queda desfigurado y acotado a la propiedad de la burguesía sobre activos físicos”, mientras que “el derecho a la propiedad privada y colectiva de las grandes mayorías [...] se desprecia y viola en forma permanente, a la vez que se desdibuja conceptualmente”⁸.

El liberalismo, situado en el centro del espectro político, es la ideología de base de la democracia capitalista honesta. La misión política de los liberales consiste en forzar que el poder y la propiedad se mantengan separados, evitar la viciosa transacción de los genios invisibles. Es cierto, en este recto sentido, que resulta una ideología meramente “negativa”.

La mentada ambigüedad presenta, en la literatura austríaca, dos tratamientos característicos, uno tolerante e intolerante el otro de la “contradicción interna”, que podemos identificar con las obras del liberal Mises y del anarcocapitalista Rothbard respectivamente.

Siguiendo a Fetter, Mises describe al mercado como “una democracia en la cual cada centavo da derecho a un voto”. Pero aclara inmediatamente que “más exacto sería decir que, mediante las constituciones democráticas, se aspira a conceder a los ciudadanos, en la esfera política, aquella misma supremacía que, como consumidores, les confiere el mercado. Aun así, el símil no es del todo exacto. En las democracias, sólo los votos depositados en favor del candidato triunfante gozan de efectiva trascendencia política. [...] En el mercado, por el contrario, ningún voto resulta vano”⁹.

Ante la objeción de que “en el mercado los consumidores no disponen todos del mismo número de votos”, sostiene que “dicha desigualdad no es más que el fruto de una votación previa”, y se remite al argumento dinámico del proceso de mercado, que demuestra que “los empresarios y quienes poseen los medios materiales de producción pueden ser considerados como unos meros mandatarios o representantes de los consumidores, cuyos poderes son objeto a diario de revocación o reconfirmación”: se

⁷ Véase Carlos Escudé, *Festival de licuaciones: Causas y consecuencias de la pobreza en Argentina*, Buenos Aires: Lumiere, 2006.

⁸ *Ibidem*.

⁹ Ludwig von Mises, *La acción humana: Tratado de Economía*, 5ª ed., trad. J. Reig Albiol, Madrid: Unión Editorial, 1995 [1966], p. 330.

trata de la “total sumisión de la clase propietaria a la supremacía de los consumidores”, sólo exceptuada en los casos de monopolio¹⁰.

En Mises, liberal con pulsiones de derecha, la admisión de un ámbito para el principio democrático representa una concesión. Determina esa renuncia la observación de que no puede haber progreso económico si no se halla la forma de evitar el permanente conflicto interno. “La razón que justifica el gobierno democrático“, según Mises, consiste en que “la democracia es el único mecanismo político que, sin recurrir a la violencia, permite acomodar el régimen existente a lo que la mayoría desea”¹¹. Ese acomodamiento es ineluctable, habida cuenta de la naturaleza ideológica del poder¹²: “Los gobernantes, que siempre son muchos menos que los gobernados, [...] continúan en el poder sólo mientras las masas los acaten y no quieran cambiar el régimen político imperante”¹³. La fuerza mayoritaria, a la larga, prevalece siempre.

Mises no desconocía la perversión de la democracia comprada por la propiedad. De hecho, cerró su ciclo de conferencias en Buenos Aires denunciando que “vemos en todos los países que no hay ya verdaderos partidos políticos, en el antiguo sentido, sino grupos de presión. Los forman gente que quiere conseguir para sí privilegios especiales, que pueden consistir en una tarifa aduanera, un subsidio o una medida protectora contra la competencia. [...] La realidad es que sólo hay grupos de presión, que determinan el resultado de las campañas electorales y lo que sucede en los parlamentos”¹⁴. La democracia, no obstante, continuaba siendo a su juicio la mejor opción disponible.

La perversión de la democracia fue también una preocupación central del último Hayek. En la entrevista concedida a Guy Sorman para *Los verdaderos pensadores del siglo XX*, Hayek responsabilizó al espejismo de la “justicia social”, ficción detrás de la cual “hay simplemente la expectativa sembrada en las mentes de los electores con respecto a la generosidad de los legisladores para con determinados grupos”. “Los políticos ceden tanto más gustosamente cuanto que la distribución de ventajas permite «comprar» partidarios. [...] El político [...] se ha convertido [...] en el administrador de

¹⁰ *Ibíd.*

¹¹ Ludwig von Mises, *Liberalismo*, trad. J. Reig Albiol, Barcelona: Planeta-Agostini, 1994 [1927], Capítulo I, §8.

¹² *La acción humana*, Capítulo IX, §3.

¹³ *Liberalismo*, loc. cit.

¹⁴ Ludwig von Mises, *Seis conferencias en Buenos Aires*, Buenos Aires: Centro de Difusión de la Economía Libre, 1959, pp. 54-55.

un fondo de comercio. La opinión pública se ha convertido en un mercado, en el cual los partidos tratan de magnificar sus voces por medio de la distribución de favores”¹⁵.

La ambigüedad constitutiva de la democracia capitalista fue impugnada por Rothbard, para quien los vicios del sistema obedecen a que la producción de normas no está sometida a la interacción de oferta y demanda en un proceso de mercado libre. La doctrina anarcocapitalista descompone la acción estatal en una serie de servicios precisos que, habiendo refutado Rothbard la teoría de las fallas del mercado, confía serán óptimamente brindados por medio de éste. El anarcocapitalismo aparece así como una ideología procedimental, no sustantiva, una doctrina que prescribe el procedimiento para la óptima producción de normas de convivencia social, no el contenido de las mismas. El anarcocapitalista confía en que la libertad de mercado en la producción de seguridad establecerá las normas jurídicas que estima justas.

La diferencia entre el liberalismo y el anarcocapitalismo radica en que el primero no admite la extensión de la lógica del consumo al ámbito político, es decir, a la producción de normas de convivencia, mientras que el segundo la promueve. Donde el liberalismo demanda civismo, el anarcocapitalismo acepta clientelismo, esto es, la negación del concepto de ciudadanía y su reemplazo por una relación de consumo.

Probablemente esta aseveración tenga algo de injusta. Quizá debamos redefinir el anarcocapitalismo como una ideología material, basada en dos pilares: inexistencia de obligación tributaria y reglas mínimas de trato justo entre las agencias de protección y quienes no son clientes (una especie de derecho de gentes). Si así no fuera, podría creerse que la progresiva corrosión del civismo que advertimos en las sociedades capitalistas democráticas contemporáneas nos acerca a la satisfacción de las pretensiones de los libertarios, que no es el caso.

Cabe cuestionarse si esa petición de civismo de los liberales puede tener una expectativa razonable de éxito en esta época, dados los valores dominantes. La cultura del capitalismo de vanguardia tiende a someter lo político, así como otros ámbitos sociales, a la lógica del consumo¹⁶. Lo cual lleva también por otro camino a la

¹⁵ Guy Sorman, *Los verdaderos pensadores del siglo XX*, trad. J. F. Delos, Buenos Aires: Atlántida, 1989, p. 201.

¹⁶ El “nuevo capitalismo” se distingue por la confluencia de dos datos sociológicos: el reemplazo del propietario por el consumidor como tipo social dominante del lado de la demanda, e inversores que aspiran más a la ganancia en bolsa a corto plazo que al beneficio de

inviabilidad del sistema político: cuando los ciudadanos piensan como consumidores dejan de intentar entender los problemas y de orientarse a largo plazo, para exigir la inmediata satisfacción de sus necesidades.

En sociedades extensas y masivas, la difusión de la oferta política requiere la inversión de ingentes recursos financieros. No es razonable escandalizarse ante episodios de venalidad y corrupción, pues se insertan en la lógica interna de este sistema híbrido. No es razonable esperar, de parte de los inversores, una excepción a la demanda de retornos a corto plazo sobre el capital aportado. Se agrega al cuadro el hecho de que, como advierte Escudé, la clase política (se refiere a los estamentos subordinados a los verdaderos empresarios políticos) forzosamente pretenderá su parte en el atraco. “Después de todo, ella es la encargada de legislar y gobernar para servir a la burguesía depredadora. ¿Puede asombrar que se compren y vendan las leyes? Es lo esperable. ¿Y puede sorprender que se corrompan la justicia y la policía, deteriorándose la seguridad y los derechos cívicos?”¹⁷.

Vicente Massot ha observado que “lo cierto es que toda relación política tejida entre quienes detentan el poder y tienen el monopolio de la decisión y quienes son gobernados, adopta formas clientelísticas. En algún momento y desde algún lugar, casi todos nos convertimos, consciente o inconscientemente, en clientes a los cuales el gobierno de turno, si desea retener nuestra adhesión y nuestro voto –que en los regímenes democráticos es lo más importante– debe tener en cuenta”¹⁸. En una época signada por el imperialismo de la conducta de consumo, es lógico que la relación entre el gobierno de turno y sus seguidores no se formalice “desde unos parámetros ideológicos, una concepción del mundo o cosa por el estilo, sino desde su condición de clientes que [...] han visto cumplidas sus expectativas particulares”¹⁹. La perspicacia del empresario político en función de gobierno consiste en saber seleccionar

dividendos a largo plazo, del lado de la oferta. Véase Richard Sennett, *La cultura del nuevo capitalismo*, trad. M. A. Galmarini, Barcelona: Anagrama, 2007.

¹⁷ *Festival de licuaciones*, pp. 32-33. Es preciso tomar nota de una observación que clausura el panorama: “en un país donde la constante que ha atravesado los más diversos gobiernos y regímenes ha sido la perpetración de maniobras ilegítimas, pero muchas veces legales, para transferir riqueza de los pobres a los ricos y de la gente común a las empresas privadas, los estratos populares tenderán a ser parasitarios o en su defecto subversivos. En un contexto de violación sistemática a los DPM [Derechos de Propiedad de las grandes Mayorías] no se justifica que sean productivos” (op. cit., p. 32).

¹⁸ “El componente aluvional”, *La Nación*, jueves 6 de marzo de 2008.

¹⁹ *Ibíd.*

adecuadamente a qué tribus electorales dar los beneficios que requieren para contentarse y a cuáles sacrificar.

El problema de la perversión de la democracia reside, en síntesis, del lado de la demanda. No cabe esperar, del lado de la oferta, sino la amoral convalidación de la misma. La sociedad capitalista posibilita la supervivencia de individuos regidos por la moral de Howard Roark, y en ello radica parte sustancial de su mérito, pero su lógica interna determina la prevalencia del código de Wynand²⁰. A largo plazo, prevalecen los empresarios que mejor atienden el interés de los consumidores; en el ámbito político de una democracia, el interés de una mayoría de ciudadanos. Claro que, como marcara Mises, “las mayorías pueden fácilmente equivocarse y destruir la civilización”²¹.

Dadas estas circunstancias de época, el imperativo moral del liberalismo consiste en contradecir los valores de la mayoría y orientarla a demandar las políticas que impone la decencia. Se trata, insiste Ricardo Irianni, de seguir sembrando ideas.

²⁰ Nos referimos a los personajes de la novela de Ayn Rand, *El manantial*, trad. L. de Paola, Barcelona: Ediciones Orbis, 1984 [1958].

²¹ *La acción humana*, p. 231.